

# UN ESBOZO DEL PANORAMA

## Lírico Arabigo - Español

**L**A poesía musulmana, manantial inagotable de expresión sutil y barroca, cuenta por millares a sus poetas, ya sean árabes, persas, turcos o hispano-musulmanes. Es en general, poesía de filiación exquisita y etérea, que nos agita a menudo con su desconcertante originalidad. Mas, a pesar de ello, apenas se la conoce en nuestro ambiente literario. Para muchos, Omar el Khayyam y algún otro poeta persa, Firdusi o Hafiz vendrían a totalizar la poesía arábiga...

Se la vió surgir en los "tiempos de ignorancia" o *Chahiliyya* y cantar en "qasidas muallacas" la soledad desértica, el caballo fiel, las gacelas, los camellos y la crueldad de las guerras beduínas. Avasallada por la doctrina mahometana, esta energía fratricida se transformó en una ráfaga de fuerzas centrífugas que señalaban las rutas de la conquista y que pasaron de Arabia a Damasco, Bagdad y Al-Andalus. De todos estos focos directrices, es especialmente en la Bagdad legendaria donde nace un nuevo tipo de poesía, la encomiástica y la satírica. Ambas sirven de magistral fondo colorido al cuadro de los ricos palacios y festines decadentes. En ese ambiente de tedio relajado, la poesía sencilla y nómada se opone a la pulida y cortesana. De este choque, nueva "querrela entre antiguos y modernos", surgieron los neoclásicos entre los cuales, el oriental *Mutanabbi* (905-965), es sin duda el poeta más genial. Su influencia se deja sentir no sólo en el Islam oriental, sino también en Al-Andalus de cuya lírica nos ocuparemos en el presente bosquejo.

La importancia que dentro de sus esferas el hispanismo asigna a la literatura del Al-Andalus nos viene a corroborar que, en efecto, se

trata de una fuente real que sirvió de cauce al desahogo estético de una época, algunos de cuyos rasgos quedaron grabados como por casualidad entre las líneas clásicas heredadas del Oriente y la expresión burda que nació en la península y se acuñó en los *zéjeles* y *muwassahas*.

Allí, durante la época de ambos emiratos, el dependiente y el independiente de los califas de Damasco (711-929), la poesía cultivada por emires, wasires y poetas cortesanos, solamente llega a ser un débil reflejo de la lírica oriental. Nacen sin embargo, a fines de este período, los moldes en que se ha de vaciar la métrica popular (AAbba-ccca), llamados *zéjel* y *moaxaha*, composiciones idénticas las dos, la primera risotada indecorosa de burdel y la otra chanza escurridiza de tono más elevado.

El advenimiento del Califato omeya (929-1031), aporta nuevas corrientes al esfuerzo lírico peninsular. Surgen numerosos poetas de mediano valor, que se agrupan formando cortes literarias al estilo de la de Almanzor y ponen en boga las "risalas" históricas o apologéticas, los poemas religiosos y los exquisitos "nawriyyat" o "impromptus sobre flores. A fines de esta época surgen dos figuras eminentes: *Ibn Suhayd* e *Ibnhâzm de Córdoba*.

De pronto, con el desmembramiento del califato cordobés se filtra un orientalismo antagónico que se desborda en la vida de los *Reinos de Taifas*. Las ciudades dominadas por los reyezuelos de bandera semejan, como dice García Gómez, "microscópicas Bagdades", "especie de repúblicas italianas con turbante". Entre las turbulentas escorias se afana el oro de la poesía arábigo-andaluza, que brota por doquier embriagada por el vino de los festines y la sangre de los crímenes. La extravagancia hace la vida. "Un impromptu puede valer un visirato". Rumaikiyya puede pasar de lavandera a sultana, Mutamid del trono a las cadenas. Un movimiento desenfrenado parece agitar las vidas de *Mutadid*, *Ibnammâr de Silves*, los mismos *Almutamid* e *Itimad la Rumaikiyya*, *Ibnzaydûn*, cognominado el Tibulo andaluz y su amada *Wallada* y otras tantas figuras de importancia, que encienden discretos amorosos, destilan placeres, se desgarran en odios, y se turban con las burbujas, pupilas rítmicas del vino, mientras que alejados resuenan, como la voz monótona de los almuédanos, los poemas ascéticos de los alfaquíes.

Mas, cuando llegan a dominar los almorávides en la España abastida (1091-1146), la poesía clásica declina, pero no desaparece. El paisajismo descriptivo de *Ibn Jafaya* hace escuela, mientras que el cancionero de *Ibn Quzmân* prodiga en las calles una llaneza risueña y una

espontaneidad descarada, absolutamente independiente de cualquier empaquetamiento convencional.

La lírica clásica toma nuevo impulso con los almohades (1146-1269), pero aun así la brillantez de las ciencias españolas parece eclipsarla. Sin embargo, es fecunda. En Granada y en Sevilla, encontramos una pléyade de poetas y poetisas, como *Ibn-al-abbar*, *Abucháfar ben Said* y *Rafsa la Rakuniyya*, que nos recuerdan las parejas de Ibnzaydún y Ualada, Almutamid e Itimad.

Por último, en la Granada de los reyes Nazaríes (1266-1492), la lírica se prepara a ser vaciada en calígrafos atauriques de estuco que acaso hayan sido sugeridos por la característica metáfora arábica de sentido estrictamente decorativo. Dos wisires enemistados cierran este período literario: *Ibn-al-Játib* e *Ibn Zamrak*, este último apellidado el poeta de la Alhambra y cuyos versos fueron estampados en elegantes medallones y tarjetones murales de palacio. De esta manera, agonizó el arabesco lírico fundido en el capricho arquitectónico.

*Norma Yokohama*